

Socialismo y Cultura

IGNACIO SOTELO

Difícilmente pueden encontrarse vocablos con mayor número de significaciones, y que a la vez despierten emociones más contrarias, que socialismo y cultura. Si, sin más preámbulos, pusiéramos en relación conceptos tan poco claros, y hablásemos del «aporte socialista a la cultura», e incluso de una «cultura socialista», la confusión podría alcanzar cotas considerables. En rigor, no nos queda otro camino que comenzar por definir lo que entendemos por socialismo y por cultura, como supuesto previo para cualquier reflexión sobre el modo en que se relacionan.

Al preguntarnos por lo que entendemos por socialismo, no podemos —como sería aconsejable de contar con el tiempo necesario— empezar por una introducción histórica, que presentase en su contexto propio, los significados más importantes que ha tenido este vocablo, desde que aparece en Francia hacia 1830, ni queremos reducirnos a algunas especulaciones abstractas sobre lo que debiera significar este concepto, contraponiendo opiniones y barajando de seguro los tópicos más extendidos. Si no cabe un planteamiento histórico, y renunciamos a uno especulativo, no nos queda otra opción, que concretar nuestra pregunta a una situación determinada y preguntarnos, no lo que ha significado el socialismo en las distintas épocas y países, ni lo que debería significar en general, sino, simplemente, lo que significa hoy para los socialistas españoles.

Lo que los socialistas españoles entendemos *hoy* por socialismo, depende en gran medida de lo que entendieron generaciones anteriores de dentro y de fuera de nuestras fronteras. Limitándonos al presente, no nos libramos de la necesidad de un planteamiento histórico. Tan fácilmente no cabe saltarse la Historia. Ahora bien, centrarse en el presente tiene por lo menos la ventaja de comenzar por la realidad que más directamente nos afecta: el pasado nos importa únicamente conservarlo iluminado desde el presente. Vale la pena que mantengamos nuestra pregunta: ¿Qué entendemos hoy los socialistas españoles por socialismo?

Evidentemente existe un consenso básico —que, en último término, es lo que da sentido y unidad al Partido— tanto en los fines —acabar con la explotación del hombre, realizando las condiciones objetivas para el libre desenvolvimiento de cada individuo— como en los medios: llevar a cabo este proceso de emancipación por la vía democrática, es decir, aceptando la voluntad mayoritaria, en un marco político en el que se respeten las libertades y derechos fundamentales de los ciudadanos. Para los socialistas, lo esencial, en todo caso, es la relación intrínseca entre fines y medios, de modo que no cabe concebir la libertad real que se pretende, sin la profundización de la democracia. Como enunció Rosa Luxemburg hace más de setenta años: no hay socialismo sin democracia, pero tampoco democracia sin socialismo. Por lo general, los que ponen demasiado énfasis en la primera parte, suelen olvidar la segunda.

Importa formular explícitamente dos corolarios contenidos en esta definición. 1. El socialismo se concibe como un orden social, cualitativamente distinto del que hoy existe, que llamamos capitalista. La propiedad privada de los bienes de producción, las relaciones salariales, la división vertical del trabajo y la producción de mercancías, son elementos constitutivos de la sociedad capitalista, que denunciarnos como opresivos, y por tanto incompatibles con la libertad real a la que aspira el socialismo. 2. No cabe una transformación repentina ni violenta del orden capitalista establecido, y ello porque no basta la eliminación de la propiedad privada de los bienes de producción para realizar el socialismo. Ciertamente resultan incompatibles propiedad privada y socialismo, pero también lo son propiedad estatal y socialismo. La socialización de la economía se presenta como un proceso,

mucho más complejo y largo, de lo que imaginaran los clásicos del XIX.

A menudo, estos dos corolarios se han entremezclado de tal forma, que el uno ha terminado por obnubilar al otro. El hecho de que el camino hacia el socialismo se haya presentado mucho más largo y difícil de lo que se pensó en un principio —por un lado, el capitalismo, lejos de estar a punto de saltar, destruido por sus contradicciones internas, ha dado prueba de una dinámica y de una capacidad creadora, verdaderamente impresionante; por otro, la eliminación de la propiedad privada de los bienes de producción, se ha revelado como un factor insuficiente para caminar seguro hacia el socialismo— ha llevado consigo, bien eliminar la meta socialista del horizonte histórico, bien identificar el socialismo con el colectivismo burocrático, que inesperadamente resultó de la estatalización de la economía.

A la eliminación de una alternativa socialista, cualitativamente distinta del orden social establecido, llamamos específicamente «socialdemocracia», así como que hay que llamar «colectivismo burocrático» a la identificación de la propiedad estatal con el socialismo. Los socialdemócratas, por su insistencia unilateral en el segundo corolario —no cabe una transformación repentina ni violenta del orden establecido— acaban por negar la posibilidad misma de un orden distinto del existente. Las relaciones capitalistas de producción se convierten así en el único modelo apropiado para una economía «moderna» y «eficaz», sobre la que podría funcionar una «democracia». En vez de afirmar que no hay democracia sin socialismo, el socialdemócrata, confundándose con el liberal, insiste en que sólo resulta posible la democracia, allí donde impera la libre empresa: prueba, el régimen despótico que ha surgido en los países que han eliminado la propiedad privada de los bienes de producción.

Lo que caracteriza a nuestra comprensión actual del socialismo, es un distanciamiento crítico, tanto de la socialdemocracia, que en último término, elimina de su horizonte la «meta final» de una sociedad distinta, como la tesis revolucionaria, que se aferra a la idea de cambiar de repente y por la violencia el orden establecido. Creo que hay que enterrar con honradez la noción revolucionaria de la conquista del poder por la clase obrera, —uno de nuestros más viejos y queridos mitos— sin por ello, aceptar la sociedad capitalista, como la única

posible, a la que habría tan sólo que practicar algunos remiendos, aprendiendo a controlar las crisis, y propiciando un mejor reparto de la renta nacional.

Fundamental, me parece en todo caso, reconocer la complementariedad y mutua dependencia del reformismo socialdemócrata con el revolucionarismo verbal y dogmático. Mientras la única alternativa a la socialdemocracia sea la revolución, la socialdemocracia se desarrollará tranquilamente. Mientras se creyó que la política socialista consistía exclusivamente en preparar a la clase trabajadora para el gran día en que conquistaría el poder político, cuyo primer acto revolucionario consistiría en la nacionalización de todos los bienes de producción, los partidos socialistas, a la espera de la hora H, entretenían sus socios revolucionarios con una política en extremo pragmática, a ojo de buen cubero, interesados exclusivamente en mantener la base electoral, sin poder concebir alternativa socialista alguna. Mientras dominasen relaciones capitalistas de producción, y el aparato estatal fuese controlado por la burguesía, se consideraba imposible cualquier política socialista. Los partidos socialistas a la espera de esta incierta hora H, no podían realizar otra política que la que encajase en el sistema. En caso contrario, tendríamos el contragolpe de derechas, ya que las «condiciones objetivas» nunca están lo suficientemente maduras para el asalto final. Si se acepta que, en un régimen capitalista y demoburgués, no cabe una política socialista, y se comprueba que la hora revolucionaria se evapora en un futuro incierto, no cabe en la práctica, más que aceptar a regañadientes, el orden social dado, por lo menos para este período histórico. Si además, lo comparamos con la sociedad «revolucionaria», surgida de la nacionalización de los bienes de producción, el «colectivismo burocrático» que ha realizado el modelo soviético que pretende ser la única alternativa real al capitalismo avanzado, entonces sí que la socialdemocracia se confirma como la única salida posible.

Como el peligro más serio que amenaza al socialismo español, es su conversión socialdemócrata, conviene insistir en la significación propia de este concepto, así como en su dependencia ideológica de una concepción desfasada del socialismo. Sé que en determinados medios existe una auténtica aversión a diferenciar «socialismo democrático» y «socialdemocracia», proclamando que, o bien estos dos conceptos son idénticos, o bien que las diferencias teóricas que pudieran construirse,

no tendrían significación política práctica. Por mi parte creo que las diferencias entre estos dos conceptos son fundamentales, por lo pronto sólo el socialismo descubre en el horizonte un modelo de sociedad, cualitativamente distinto del actual, perspectiva que es significativa, desde luego, si incide sobre la política diaria del partido. Hay, en el fondo, dos tipos de socialdemocratismo: uno abierto y descarado, que niega simplemente la posibilidad de un orden social distinto del existente, reduciendo el fin del socialismo democrático a conseguir más justicia y libertad, en el interior del mismo sistema; otro, práctico, que manteniendo en teoría los fines que propugna nuestro programa máximo, no es capaz de concebir y de aplicar una política, aquí y ahora, que de algún modo integre la perspectiva por la que se lucha. En una lejanía imprecisa, se sigue manteniendo la meta socialista, pero no está asumida en la política cotidiana: se dice que en la etapa actual, una política socialista no tendría sentido, dando por supuesto, que por la propia dinámica del desarrollo objetivo de la historia, llegará un día en que, efectivamente, se pueda hacer una política socialista.

Y cuando se pregunta, en qué pueda consistir esta política socialista, que hoy parece imposible y que mañana habrá madurado por sí misma, nos encontramos a menudo, que no se piensa más que en la nacionalización de la economía, entiéndase su estatalización. Cuando nos preguntamos por una política socialista, no estamos abogando, evidentemente, por el control estatal de la economía. En un pasado se pudo creer, que la ampliación del sector estatal, hasta llegar al absoluto monopolio del Estado sobre la economía, era el camino que llevaba al socialismo. La experiencia soviética, con la aparición de una nueva formación social, que no siendo capitalista, está a millones luz del socialismo, ha puesto de manifiesto, cómo cabe la industrialización de un país, con un sistema social distinto del capitalismo, sin que por ello, se aproxime al socialismo.

Estas consideraciones sobre lo que significa el socialismo para los socialistas españoles, nos han llevado a comprobar, algo que de ningún modo puede sorprender: desde el momento en que no nos conformamos con unos cuantos tópicos generales, las cosas son todo, menos clara. Lo que caracteriza a nuestra situación, es que el socialismo que pretendemos, no lo descubrimos realizado, ni en vías de realización, en ninguna parte del mundo. Yo no sé, si esta es su fuerza o su debilidad.

En todo caso, ya no cabe creer que el modelo soviético, o la práctica socialdemócrata del norte de Europa, llevan sin más al socialismo. Nos encontramos en una situación pareja a la de antes de la primera Guerra Mundial —el socialismo aparece como una perspectiva histórica, sin que haya entrado en vías de realización— pero a diferencia de aquella época, nuestra generación arrastra una experiencia, que invalida la mayor parte de los supuestos que entonces pasaban por científicos. Nunca como ahora, los socialistas estuvieron tan indecisos de lo que pueda ser una política socialista, adecuada a los condicionamientos del momento. Justamente esta ignorancia, es el arma más fuerte que blande a su favor la socialdemocracia. En la práctica, terminamos todos más o menos socialdemócratas, porque no sabemos con rigor, qué puede significar socialismo en nuestros días. Pero se trata de no aceptar resignadamente, sino de salir de esta situación, para ello hay que empezar por reconocerla reflexionando sobre sus causas, así como las formas de superarlas. Si llegamos a convencernos de que el socialismo es imposible, o no está al alcance de la mano en muchas generaciones, digámoslo claramente, pero de ningún modo vendamos un viejo liberalismo remozado, como si se tratase del socialismo que anhelan los pueblos.

La crítica del orden social establecido resulta eficaz únicamente si incluye una perspectiva del nuevo, así como el modo de llegar a él. A este respecto, está casi todo por hacer. El capitalismo avanzado de hoy, muy poco tiene que ver con el capitalismo inicial que describió Marx. Es trivial el señalarlo, pero no basta con dejar constancia de las diferencias; de lo que se trata es de integrarlas en una perspectiva socialista. La sociedad contemporánea altamente desarrollada, nos ofrece nuevas posibilidades para avanzar hacia el socialismo, pero también nuevos peligros y desvíos notables. Nuevas oportunidades, sin duda, en las distintas formas de organización social al margen del Estado y demás instituciones paraestatales. El conocimiento fundamental que nos ha proporcionado la terrible experiencia histórica de este siglo XX, es que los cambios sustanciales que nuestra sociedad precisa, no pueden ser impuestos desde el poder. Los procesos sociales que cuentan, tienen su propia dinámica al margen del Estado. El Estado no antecede a la sociedad, sino que va a su zaga.

Hay que reconocer, que en el pasado los socialistas pecamos de estatistas. Hubo un tiempo en el que la estatificación de la economía y

de la sociedad, se presentó como panacea universal. La historia vivida nos obliga a corregir un estatismo, tan simplista como resbaladizo. El socialista no es estatista, sino que como su nombre indica, socialista, es decir, su ámbito es la sociedad y su fin la libertad. El Estado, en cuanto instrumento de la clase dominante, impide el libre desenvolvimiento de la sociedad. Los socialistas no vamos a caer en el error contrario, diluyéndonos en un anarquismo, todo lo atractivo que requiera, pero que olvida condicionamientos objetivos, y sobre todo, el posible papel liberador que en determinadas condiciones también puede desempeñar el Estado. Pero de lo que ya no podemos dudar, es de que cuando más socialismo, es decir más instituciones y colectivos autónomos regidos democráticamente, menos Estado se precisa. La tesis de la desaparición progresiva del Estado, según avanza el socialismo, ha ganado posibilidad, después de las experiencias tenidas con el estatismo burocrático.

Así como el camino hacia el socialismo, pasa por la potentación y desarrollo democrático de la sociedad, el peligro más grave que nos amenaza es la congelación burocrática, el poder burocrático, en partidos y organizaciones. La sociedad libre y justa que atribuimos al socialismo, es una sociedad democrática, es decir, como lo expresaron los clásicos, una «asociación de hombres libres», la antítesis cabal de las formas burocráticas.

Todo esto quiere decir que los socialistas, a diferencia de los demás partidos burgueses, no pueden agotar su actividad en el plano estatal. Su labor sindical y de organización democrática de colectivos de acción social, económica y cultural, es la base mínima imprescindible para llevar a cabo transformaciones desde el poder. Los socialistas en el Gobierno pueden ir tan lejos como lo permita la sociedad sobre la que actúan. No perdamos de vista un hecho fundamental: no es la política ni son los políticos los que abren nuevos caminos; éstos sólo pueden institucionalizar legalmente, lo que la sociedad ha madurado como reivindicación inexcusable. Desde el Estado se cierran procesos, que se iniciaron en la sociedad. Es en la sociedad, en sus formas de producción, como en sus formas de pensar y de comportarse, donde tienen que operarse los cambios, que permitan plantear políticamente la cuestión del socialismo. La dimensión política no es la prioritaria en la marcha hacia el socialismo. Soy consciente de la ruptura que esta frase implica frente a una prestigiosa tradición. Pero desde el momento

que se ha superado el viejo estatismo, que conduce al burocratismo de una nueva y amenazadora formación social, no cabe otra opción. Permitidme que para volver a nuestro tema, no intercale un largo paréntesis sobre el significado de esta nueva formación social del colectivismo burocrático, experiencia histórica fundamental que nos obliga a repensar todo el pensamiento socialista heredado.

Sin apenas haberlo advertido, hemos engarzado ya con el segundo concepto, que hilvana nuestras reflexiones: el de cultura. Acabamos de decir, que la dimensión política no es la prioritaria en la marcha hacia el socialismo; que el socialista no es estatista, sino cabalmente socialista, es decir, que en la sociedad encuentra el ámbito de su actuación. No es el momento para entrar en disquisiciones sobre los posibles contenidos de conceptos tan generales y de tan amplia polisemia como sociedad y cultura. Basta recordar que en la concepción que priva en el mundo anglosajón, por cultura se entiende el conjunto de valores, símbolos, representaciones mentales, pautas de comportamiento, así como instituciones económicas, sociales y políticas que configuran a una sociedad. Desde este sentido global de «cultura», se sostiene aquí que la política es parte de la cultura de un pueblo, como lo son sus instituciones económicas, sus pautas de comportamiento, representaciones mentales o creencias religiosas.

Pero además de este concepto global de cultura proveniente de la antropología, en el lenguaje cotidiano hablamos de cultura referida a esos saberes inespecíficos, que posee una persona que llamamos culta. Hablamos de alguien como una persona de mucha o poca cultura. Con ello, por lo común, estamos aludiendo a la cantidad y variación de sus lecturas —cultura libresca, humanística— pero también estamos significando conocimientos y experiencias, que se reputan positivos para el desenvolvimiento de la personalidad. Si en el primer sentido, todo ser humano pertenece a una cultura, y no cabe ser humano sin cultura, en esta segunda acepción, distinguimos muy bien entre gentes cultas e incultas, valorando positivamente el tener cultura.

Necesitamos aún una tercera acepción, cultura como producto cultural, es decir, la obra filosófica, literaria o artística, que consume el hombre culto, y cultura, equivalente a mundo cultural, referido a los creadores de cultura, escritores, ideólogos y artistas que crean los productos culturales y protagonizan la vida cultural de un país. En cuarto

lugar tendríamos que referirnos a los «aparatos culturales», es decir, a las instituciones estatales o paraestatales que se ocupan de la reproducción del sistema ideológico-cultural y por último, los medios de comunicación social, incluyendo a los mecanismos, institucionalizados o no, de control ideológico y cultural.

La problemática que implica la relación socialismo y cultura, exige el manejar por lo menos estas cuatro acepciones. Sin el concepto antropológico de cultura, no podemos definir algunos conceptos claves, como el de «cultura burguesa» o «cultura socialista». Pero tampoco podemos hacernos cargo de aspectos sustanciales de esta relación socialismo-cultura, sin el concepto más tradicional de cultura, como creación espiritual, que no cabe identificar sin más, con los saberes y técnicas instituciones y formas de vida, que precisa una sociedad para reproducirse. Cultura, como creación excedente, en cierto modo superflua y afuncional al sistema, pero imprescindible para el desarrollo cabal de la personalidad de cada uno, que justamente, por lo que tiene de creación espontánea e imprevisible, se ve sometida a los mecanismos de control de la sociedad y del Estado.

Empecemos por los dos conceptos clave de cultura burguesa y cultura socialista. Llamamos cultura burguesa, a las formas de pensar, sentir y comportarse que surgen en Europa con el desarrollo del capitalismo y el ascenso de la burguesía a clase dirigente. Durante los siglos XVII y XVIII las ideas dominantes, las creaciones culturales que importan, son las de la burguesía. Desde mediados del siglo XIX, junto al ulterior desarrollo de la cultura burguesa, es decir, de aquella que encaja, legitima o profundiza las relaciones sociales establecidas, surgen nuevas ideas, nuevas creaciones culturales, que critican conscientemente las relaciones de poder dadas, o que resultan incompatibles con ellas. A lo largo de nuestro siglo, las ideas compatibles con relaciones capitalistas de producción, van cediendo el paso a creaciones culturales que aspiran a su transformación. El sistema socioeconómico establecido va perdiendo así legitimación ideológica: las ideas dominantes van dejando de ser las de la clase dominante.

Por descontado, que la expresión «ideas dominantes» que aquí utilizamos, no incluye tan sólo formulaciones conceptuales muy elaboradas, sino también y sobre todo, actitudes, mentalidades, valoraciones, formas de sensibilidad, modos de vida, etc. que se modifican en relación con los cambios efectuados en el sistema productivo, implicando

a su vez estos cambios. La interdependencia de todos los procesos que se producen en la «base» y en la «superestructura» es el supuesto fundamental de la noción englobilizadora de cultura.

Comprobamos, pues, una profunda crisis de legitimación del capitalismo: las ideas dominantes son críticas o resultan incompatibles con el sistema. Pero también tenemos que dejar constancia de su capacidad fabulosa de asimilación: una vez que la cultura burguesa ha dejado de ser la cultura sin más, y el capitalismo ya no se identifica con la economía pura y simplemente, la burguesía se resguarda en el pluralismo ideológico, que correspondería a una sociedad tan compleja como la industrial. No podemos más que formular la cuestión: el pluralismo ideológico, corresponde a una situación de transición entre dos formaciones sociales, o es más bien, como requisito de la libertad, expresión definitiva del grado de complejidad alcanzado. Por mi parte, me inclino a la segunda respuesta, y no creo que, al afianzarse las «asociaciones libres» en que consiste el socialismo, —«una asociación, en la que el desarrollo libre de cada uno, sea la condición del desarrollo libre de todos»— tengan que disminuir las diferencias ideológicas. Lo contrario me parece lo cierto: lo que hay que reprochar a nuestra sociedad es lo limitado de su pluralismo, es su «unidimensionalidad» uniformadora. Conviene irse librando de una imagen homogeneizadora del socialismo, como si la igualdad social a la que aspiramos, fuera la tumba, y no el fundamento, de la libertad de cada uno.

La cultura burguesa ha dejado de ser la dominante, porque en la sociedad capitalista está surgiendo la cultura socialista, que prefigura el futuro. En la cultura burguesa, el individuo se afirma frente a la sociedad, presentando, en último término como contradictoria, la relación individuo sociedad, aunque en la prosecución egoísta de metas individuales, se descubra la realización del bien común, si se respetan unas cuantas reglas elementales, que cabe resumir en la protección de la integridad física del individuo y de su propiedad. De este modo el individuo resulta libre frente a la sociedad, únicamente en cuanto propietario. De ahí que la propiedad aparezca como el fundamento de la libertad, con lo que implícitamente se arrebató la condición de libres a los no propietarios. Los socialistas intentan devolver la libertad a todos los ciudadanos, suprimiendo, o desplazando de su pivote central, a la propiedad privada. Únicamente entonces, la relación individuo-sociedad aparece como complementaria, en cuanto el

individuo sólo lo es plenamente en sociedad, y la sociedad no tiene otro fin que posibilitar y garantizar la libertad de cada individuo.

La primera cuestión es, si realmente, de forma embrionaria, está surgiendo ya una cultura socialista, capaz de ir, poco a poco, sustituyendo a la burguesa. ¿Cabe que se vaya desarrollando y consolidando una cultura socialista, en el seno de una sociedad capitalista? De transcendental importancia es la respuesta que demos a esta pregunta, dadas las implicaciones políticas que conlleva. Si aceptamos rutinariamente el dogma de que las ideas dominantes son siempre las de la clase dominante, y nos empeñamos en afirmar que, mientras existan relaciones capitalistas de producción, no podrá desarrollarse otra cultura que la que permita y encaje en el sistema, y que, por tanto, primero habría que acabar con el capitalismo, y luego, surgirán los elementos nuevos de una cultura socialista, entonces, muy negro me parece el pronóstico sobre un posible socialismo.

En la Historia, nada se construye desde la nada, y habría que denunciar al socialismo como una pía ilusión, si en el interior de la sociedad capitalista, al socaire de sus contradicciones, no fuera cuajando un orden social nuevo, capaz de sustituirlo. La cultura burguesa floreció en el período de la Monarquía absoluta, cuando dominaba una economía agraria y no habían desaparecido todavía los privilegios feudales. También la cultura socialista está germinando ante nuestros ojos, en el seno de la sociedad capitalista avanzada, en los recovecos y vacíos que deja el sistema sin cubrir. Hay que desplegar una especial sensibilidad para diferenciar lo nuevo de lo viejo, y descubrir lo nuevo allí donde menos lo esperábamos: donde la solidaridad sustituye a la competitividad, donde el trabajo colectivo se descubre como experiencia de libertad, donde la democracia empieza por vivirse en formas nuevas de convivencia, en las que las relaciones de poder han perdido su influencia decisiva. No tengamos pelos en la lengua y digamos lo evidente: la cultura socialista que prefigura el futuro, aparece hoy ya en la forma de una contracultura. Para los contemporáneos, la cultura viva se presenta siempre como contracultura.

Para que el socialismo pueda un día convertirse en realidad, no basta un determinado desarrollo de las fuerzas productivas, sino también una verdadera «revolución cultural», que sustituya los viejos valores burgueses por los nuevos socialistas. Creo que estamos actualmente viviendo esta revolución cultural, cuya expresión más clara fue

el mayo del 68. Habíamos llegado a un desfase enorme, entre las posibilidades técnicas de transformación del mundo, y los valores y mentalidades que siguen socialmente operando. Pero en la última década, hemos empezado a ganar terreno en este camino. Nunca anteriormente los valores burgueses habían estado tan desprestigiados —me temo que estoy olvidando «los felices años veinte» en capas tan amplias de los sectores medios.

Recordemos aquí nuestra anterior afirmación, de que el proceso real de transformación socio-cultural, se produce al margen o en contra de las instituciones estatales o paraestatales. Cuarenta años de franquismo no ha impedido el que hoy en nuestro país, se oigan las mismas voces y se produzcan las mismas reivindicaciones que en Francia o en Italia. El motor del cambio está en la sociedad, y en el análisis de una estrategia global hacia el socialismo, lo decisivo es tener en cuenta además de las modificaciones de la base económica, la dimensión socio-cultural. Sin negar la mutua influencia de estas dos esferas —resulta evidente a largo plazo— en los períodos históricos limitados en los que se desenvuelve la política, los factores a considerar son, precisamente, al desfase entre ambas esferas, así como la autonomía relativa de cada una. En el actual momento, me parece correcto insistir en la prioridad de la «revolución cultural».

Una primera conclusión se impone a estas alturas: si el proceso socio-cultural tiene su propia dinámica y la política sólo puede institucionalizar democráticamente lo que ha adquirido ya un consenso mayoritario, ni al Estado, ni a ningún partido político, corresponde definir lo culturalmente valioso, ni entrometerse en el proceso autónomo de la creación cultural. Ciertamente que un partido como el socialista, que se identifica en su lucha por una sociedad nueva, ha de distinguirse por su especial sensibilidad en descubrir y apoyar los experimentos contraculturales, es decir, la cultura viva, pero ello no quita, que, en cuanto partido, su función consista, fundamentalmente, en defender a todo trance la libertad de expresión para todos y para todo.

En un momento como el actual de cierta inflación política, conviene marcar sus límites y colocarla en su verdadero papel ejecutivo, todo lo importante que se quiera, pero muy distinto de la pura creación cultural. Ciertamente que el apoliticismo a menudo no encubra más que posiciones de derechas, pero no menor destructor y peligroso es un politicismo a ultranza. La reducción a política de toda la vida

cultural y social, termina por destruir las fuentes mismas de donde emana la política. Sin una vida social y cultural creadoras, no hay vida política eficaz. Lo que ya no es cierto, es la proposición inversa.

El socialismo lo estamos inventando día a día, fuera de la política, con nuevas formas de producción, pero también de convivencia; con nuevos valores, basados en la solidaridad y en una nueva sensibilidad para la profunda, radical igualdad de todos los seres humanos; probando nuevas relaciones democráticas de convivencia, oponiéndonos a cualquier jerarquía definitiva y criticando el mito de que los de arriba valen más que los de abajo. Estos cambios de conciencia y de sensibilidad, se están produciendo aceleradamente ante nuestros ojos, mirando las viejas estructuras de poder. Si no logramos canalizarlos en la construcción de un nuevo orden social, cabalmente democrático, pueden también desembocar en un caos, que revierta en la consolidación de nuevas estructuras burocráticas de poder.

En ningún libro sagrado de la Historia está escrito que al final el socialismo triunfará. Todo lo contrario. Cualquier científico social que recoja objetivamente los datos y extrapole las tendencias, pronosticará el robustecimiento de una sociedad burocrática. De ahí que cualquier planteamiento socialista que lo sea de verdad, no se libra de un cierto tufillo utópico. Ahí es nada, hablar de la realización de la libertad, de una sociedad cualitativamente distinta, de un mundo cabalmente democrático, en el que la libertad de cada uno sea el supuesto de la libertad de todos. Pero hay que considerar, lo que significa renunciar a esta utopía. Es aceptar la barbarie, la explotación y opresión del hombre por el hombre, como única ley de vida, y sin el consuelo que tuvieron nuestros antepasados, de esperar que en la otra vida, se recompondrían las injusticias y llegaríamos a ser uno mismo, en amor y libertad, a la diestra de Dios-Padre.

Se nos dirá que estamos rozando continuamente la utopía, y se dirá bien. Pero quiero advertir de inmediato, que no creo que la política sea el campo propio para jugar a utopías. La acción política tiene límites económicos, sociales, culturales bien precisos, y no en vano se considera el realismo, el sentido de oportunidad, una cualidad insustituible del político. Pero como decía, no todo es política, y los utópicos tenemos el campo de la cultura para ejercitarnos. Saltar los límites de lo establecido es lo que se propone cualquier artista, cualquier escritor, cualquier creador de cultura. En su labor, el intelectual de

verdad es siempre utópico y revolucionario. Podrá no serlo en sus ideas políticas, esto importa poco, pero lo es en el campo que cultiva, y ello acaba por influir en la sociedad, y a más largo término, también en la política.

Justamente, este carácter utópico del intelectual, y el realismo, a menudo demasiado a ras de suelo del político, provoca no pocas tensiones entre políticos e intelectuales, aunque se sientan comprometidos con la misma utopía socialista. No hay, desde luego, que exagerar, pero tampoco minimizar estos conflictos. Creo que en la historia de nuestro partido, las relaciones entre dirección e intelectuales no han sido siempre las debidas, con consecuencias negativas para ambos. El partido, en algunos períodos de su historia, ha dado muestra de una gran pobreza ideológica, que, naturalmente, ha repercutido de forma muy negativa en sus planteamientos políticos. Los intelectuales, sin la integración democrática en organizaciones que sirvan de correctivo a sus cavilaciones, tienden a refugiarse en un elitismo exclusivista, en un individualismo tan infantil como trasnochado. Creo que las relaciones entre partido e intelectuales mejorarían, si los políticos aprendieran a respetar las opiniones de los intelectuales —desde su óptica, a menudo desmesuradas e inoportunas— y aquellos aguantasen que no siempre se les haga demasiado caso. Entre el utopismo y el realismo, tiene que mantenerse un buen término medio en la tensión de ambos extremos, sin que necesariamente se rompa la cuerda.

Hasta ahora hemos hablado de cultura en su sentido antropológico global, o referida a las obras culturales que producen los llamados creadores de cultura. En la primera acepción, hemos aludido al problema clave del surgimiento de una cultura socialista en el seno de una sociedad capitalista; en la segunda, hemos mencionado el carácter revolucionario y utópico de la obra de creación cultural, así como la relación, tal vez necesariamente conflictiva, entre políticos e intelectuales. En el tema que nos ocupa, dejaríamos aspectos fundamentales sin enunciar —otra cosa no cabe en los estrechos límites de un artículo— si no nos refiriésemos a la acepción más difundida en el lenguaje coloquial, cultura con un saber inespecífico, que en nuestros días incluso algunos reputan inútil, en cuanto en sus formas burguesas, ha dejado de servir de legitimación a la vida colectiva y de orientación al comportamiento individual, para convertirse en mero adorno externo o distintivo de clase.

Es preciso distinguir, por tanto, entre saberes específicos con una aplicabilidad técnica inmediata que, para el que los posee, supone el ejercicio de una profesión, de aquellos saberes inespecíficos de carácter general, filosófico, literario, que cuestionan al hombre y al mundo, pero para los que no existe una demanda social. Desde el momento que el orden social ha dejado de legitimarse teológica o filosóficamente, la cultura humanística, ha perdido su función social. La discusión mantenida estos últimos lustros sobre los planes de enseñanza, reproducen el mismo dilema: preferir una educación técnica, adaptada a las exigencias de la producción capitalista, o una fundamentalmente humanística, que tenga que ver con la formación de hombres libres, como propugnó la burguesía en su período revolucionario, y pienso tienen que seguir defendiendo hoy los socialistas una vez que se purifique de sus elementos idealistas, al vincularla al mundo del trabajo.

Para explicar lo que quiero decir, voy a la terminología de Rudolf Bahro, precisamente encarcelado por ser marxista en un país, que como la República Democrática Alemana, se reclama del marxismo. Bahro distingue entre «conciencia absorbida» y «conciencia excedente». La primera es la energía sicosocial que precisa la reproducción de la sociedad, a cambio de la cual se obtiene un precio en el mercado de trabajo. El individuo plenamente adaptado es aquél que logra invertir toda su energía síquica en este tipo de actividades: es el empresario, el profesional, por completo volcado a una tarea socialmente reconocida y económicamente recompensada. Pero con la excepción de unos cuantos «neuróticos del trabajo», la mayor parte de la población realiza un trabajo insatisfactorio, que no consume más que una parte marginal de la energía síquica disponible. La conciencia excedente es esta energía que queda sobrante, al no ofrecérsenos una actividad social y humanamente razonable en qué volcarla. La sociedad capitalista no sólo deja sin empleo a una parte considerable, los parados, sino que emplea mal a la gran mayoría, dejándonos la sensación típica de que está todo por hacer y no se puede hacer nada. Nuestra capacidad de comprender y de actuar, nuestro afán de entrega, de gozo, de sacrificio, nuestra inteligencia y sensibilidad, quedan sin empleo, flotando en el vacío. El orden social impide realizar socialmente lo mejor de cada uno, dejándonos, en el mejor de los casos, con nuestra conciencia excedente a cuestas.

Justamente, para reabsorber esta conciencia excedente que puede cristalizar en una conciencia crítica emancipatoria, y entonces sí se sabe lo que hay que hacer —luchar por humanizar las relaciones sociales, transformando la sociedad— el sistema crea «intereses compensatorios», es decir, maneras de ocupar la conciencia excedente, de modo que no termine por cuestionar el orden social. Los intereses compensatorios abarcan una extensísima gama, que va desde el egoísmo familiar, a las aficiones y diversiones a que nos entregamos en el tiempo libre. El vacío creciente que conlleva un trabajo enajenado, subordinado y dependiente, viene compensado por la industria del ocio. El hombre unidimensional del capitalismo tardío vive entre la conciencia absorbida de las horas de trabajo y los intereses compensatorios de las horas libres.

La producción cultural —literatura, teatro, cine— quiere rebajarse en el capitalismo, seamos de ello conscientes o no, a una forma más de intereses compensatorios, con que ocupar la conciencia excedente. Otra cosa, es que lo consiga siempre.

Por perfectos que parezcan los mecanismos del mercado y los controles sobre los medios de comunicación social, lo cierto es que los intereses compensatorios no logran absorber por completo la conciencia excedente, ni de los creadores ni los consumidores de cultura. Esta función compensatoria la cumplirán no pocas de las obras que pasan por culturales, pero las que cuentan, se caracterizan precisamente por sus contenidos emancipadores. No cabe desdeñar ni menospreciar el valor liberador de la creación cultural. Es uno de los pocos hechos sociales, en que podemos fundamentar cierta esperanza.

Cuando la conciencia excedente se transforma en emancipadora, las viejas cuestiones sobre el sentido de la vida humana, lejos de parecer inútiles por no admitir respuesta, adquieren su verdadera dimensión práctica. Algunos llegan a la conclusión, de que sólo vale la pena vivir en libertad, conscientes de que la libertad de cada uno supone la libertad de todos. Entonces la lucha por la libertad da sentido y justifica una vida. Este tipo de hombres que han encontrado el sentido de sus vidas en la lucha por la libertad, resultan incómodos en todos los partidos, se los ridiculiza de diferentes maneras, han sido las víctimas en las persecuciones blancas o rojas, pero lo sepan o no, constituyen la vanguardia de ese esfuerzo colectivo por la realización de la libertad, que llamamos socialismo.

Seamos sinceros, a poco que nos paremos a reflexionar sobre las dificultades de una política consecuentemente socialista, encontraremos mil modos de postergarla a un futuro tan lejano como impreciso, acomodándonos mientras tanto en el orden dado, que también ofrece su rinconcito caliente para los socialistas que no sean demasiado impacientes. Ahora bien, una política socialista, por mucho que tenga en cuenta los condicionamientos objetivos y el necesario sentido de oportunidad, lo es de verdad, sólo si involucra en su acción diaria esta dimensión futura de una sociedad distinta, que, en último término, impone una determinada actitud ética. Con la larga tradición de nuestro partido a este respecto, no haría falta subrayar el talante moral que, entre nosotros, distinguió a los socialistas. El mismo afán de justicia y de libertad lo encontraremos en los grandes creadores de cultura. Es una misma actitud ética, lo que, en fin de cuentas, vincula al socialismo con el mundo de la cultura.

Para terminar, una consideración práctica. Si el ámbito en el que se desarrolla el socialismo es la sociedad y no el Estado, si la conquista del poder político no significa ningún cambio trascendental, mientras que la sociedad no haya organizado nuevas formas de producción y de convivencia, si la labor de un Gobierno socialista no puede ir más lejos de lo que permita la sociedad sobre la que actúa, entonces la labor principal de un partido que aspira al socialismo, no se agota en el Parlamento ni en el Gobierno. No desconocemos lo que para el progreso social puede significar el llegar a influir sobre los poderes del Estado. No los infravaloramos; señalamos simplemente sus límites. Pero que nadie crea que el socialismo es un regalo que nos puede hacer un día un Gobierno socialista. El socialismo se hace desde la base, creando, desarrollando organizaciones democráticas, en todas las esferas de la vida económica, social y cultura, o no habrá socialismo. Por lo menos en este punto, tienen que quedar las cosas claras.